

Oración

*para pedir la beatificación del P. Emmanuel d'Alzon.
Fundador de los Agustinos de la Asunción
y de las Oblatas de la Asunción.
(1810-1880)*

Señor Jesucristo,
Tú llamaste a Emmanuel d'Alzon para estar contigo
en medio de los hombres
al servicio del Padre y del Reino.

Le impulsaste a compartir este servicio
y su amor hacia Ti, la Virgen y la Iglesia,
con hermanos y hermanas en la Asunción.

Hoy, en la confianza y la oración,
esperamos que la Iglesia reconozca
la santidad del Padre d'Alzon.

Por ello y por su intercesión te suplicamos,
con los pobres y los discípulos del Evangelio,
que nos concedas
la gracia que te pedimos para N.
(aquí se puede añadir una intención particular)

¡Ten piedad!
comparte con nosotros tu pasión por el Padre y por el hombre.
Haz de nosotros obreros de tu Reino.

Tú que vives y reinas
con el Padre y el Espíritu Santo
por los siglos de los siglos. Amén.

Las personas que reciban favores por intercesión del P. Emmanuel d'Alzon son invitadas a escribir a: Postulador de la Asunción. Via San Pío V, 55-00165 Roma (Italia)
emmanuel @alzon.org

Alianza Laicos - Religiosos

Colección de textos

grandes esfuerzos para dejarse llevar por el pensamiento de este buen Maestro, del que uno tiene la imagen entre sus manos. Le digo que le quiero; le pido perdón por mis tonterías; me siento sorprendido por ese perdón que cae de lo alto de la cruz, pienso en el daño que mi pecado le ha ocasionado, en el tiempo que he perdido, le doy gracias por los dones que me ha concedido; le hago promesas apasionadas; me sonrojo de estar en una buena cama mientras Él está muerto, Él, sobre una cruz; quiero corresponderle con mi amor, recuperar el tiempo perdido. Adoro a Dios Padre presentándole a su Hijo; pido por la Iglesia que nació en el Calvario; me sonrojo de ser tan mal cristiano; después me animo al pensar en el amor y el poder de Dios, y si el sueño aún no me ha llegado, el tiempo se me hace corto en semejante compañía.

Éstas son, mis queridas hijas, algunas ideas que deseo os lleven a establecer una relación íntima con vuestro crucifijo; él os hará sentir a Jesús más presente en vuestro espíritu y en vuestro corazón. ¿Qué más podéis pedir?

Deseo que vuestra Asociación crezca todos los días en virtudes sólidas, en humildad, en sencillez, en amor de Dios. Rezad a la Virgen Bendita para que os enseñe cómo debéis unir vuestros labios a las heridas de su Hijo y crecer en la pasión y el ardor que debe distinguir a las vírgenes, esposas de Dios.

Que la cruz sea vuestro bien, vuestra esperanza, vuestra vida y vuestra recompensa!

*Carta del P. Manuel d'Alzon
21 de Junio de 1857*

Documentos de los Agustinos de la Asunción
elegidos y presentados por los Padres: Lucas Chuffart, Noël Le Bousse,
Claude Maréchal a.a.
con la autorización del Padre Benoît Grière, Provincial de Francia.
París, 10 de octubre de 2006

si le agarráis más fuertemente durante los momentos de dolor, de penas, de luchas, de tentaciones;

si, en el momento de salir de casa para hacer una buena obra, lo adoráis acordándoos de que es al mismo Jesucristo a quien vais a socorrer en los pobres;

si, en el momento de practicar algún sacrificio, besáis las llagas divinas que son las fuentes de la vida de la Iglesia y las fuentes de nuestra purificación;

si, a la tarde, os ponéis a sus pies para dar cuentas de vuestra jornada, de vuestro orgullo frente a su abajamiento, de vuestras vanidades frente a sus humillaciones, de vuestra dejadez frente a sus angustias, de vuestra pereza en presencia de los sudores repartidos por este cuerpo divino; de vuestro egoísmo frente a su amor infinito; de vuestras impaciencias, de vuestros despechos, de vuestras faltas de caridad frente a sus largas esperas y su inalterable dulzura;

entonces hijas mías, ¿me parece muy difícil que vuestro crucifijo no se convierta para vosotras en un amigo, un confidente!

Nuestro Señor os amará, os instruirá, os fortalecerá a través de su imagen y en este intermediario mudo pero bendito, con vuestro esposo, sentiréis como una transformación de todo vuestro ser. De esta manera no solamente se reproducirán para vosotras los rasgos del Salvador a través de la madera o el metal; sino que ellos se grabarán de una manera más viva en vuestra alma. Sentiréis la acción más cercana de Aquel que se ha dejado atar por vosotras a la cruz; y vosotras querréis transformaros en Él, como dice san Pablo: «para mí vivir es Cristo».

Os confieso con toda sencillez que el mejor momento para mí es sobre todo la noche, en el momento de ir a dormir. No son necesarios

Este fascículo es un tesoro compartido por todos nosotros, laicos y religiosos, para crecer juntos en nuestra vocación de bautizados.

Contiene algunos capítulos de nuestra Regla de Vida, y otros textos: extractos de los capítulos generales sobre el Carisma de la Asunción y sobre orientaciones tomadas periódicamente para orientarnos en cualquier situación que nos encontremos, viviendo con la ilusión de ser fieles a nuestra vocación. Todos estos textos, de una manera o de otra, nos presentan la riqueza de nuestra espiritualidad y de nuestra misión.

*Jesucristo está en el centro de nuestra vida;
siguiéndole queremos ser obreros del Reino;
tenemos un amor muy especial por María, su Madre;
bajo la acción del Espíritu Santo queremos servir a la Iglesia,
presente y preocupada por el mundo de nuestros días.*

La Regla de Vida es nuestra guía. Presenta el fundamento de nuestra espiritualidad. Es un don para la Iglesia de hoy, para hacerla crecer y ayudarla a llevar a cabo su misión. Puede suponer una fuente a la que vengan a beber hombres y mujeres, laicos o consagrados, de diversas vocaciones, para ser con sus vidas un testimonio del Evangelio. Nos lo creemos y por eso os la proponemos.

La llamada del P. Richard Lamoureux, Superior General, a llevar a cabo una “alianza” es más que una simple colaboración entre laicos y religiosos. Es una invitación a vivir de esta espiritualidad para que se haga presente el Reino de Dios en nosotros y en nuestro entorno. Se trata también de un desafío a nuestra fe y esperanza que nos reta a trabajar todos juntos y cada uno desde su carisma, en las orientaciones actuales de la Asunción, definidas por el Capítulo General de 2005: *Muchos dones en un solo cuerpo... para que el mundo crea.*

Para vivir esta alianza y trabajar juntos, necesitamos tener la experiencia de Dios en nuestras vidas. Manuel d'Alzon, nuestro fundador, hombre llamado por Dios para responder a las necesidades de su tiempo y para entregarse a esa aventura, nos sugiere estas palabras para hacer de Cristo en nuestras vidas: *“El amigo de todos los días”*.

Estas páginas, herencia de nuestros mayores y guía para nosotros hoy, son como hojas en el aire, de nuestro patrimonio espiritual. No son las únicas. Otras se tendrán que escribir para dar a conocer el carisma de la Asunción con un estilo más adaptado. Quizás las tengamos que escribir entre todos. Éstas, centro de nuestra espiritualidad, como puede ser la Regla de Vida, suponen para nosotros un espacio para compartir nuestro patrimonio familiar en un ambiente de confianza y fraternidad. Son nuestro tesoro, puesto que nos han orientado tras los pasos de Jesús. Nos orientan hacia el porvenir, están cargadas de esperanza, puesto que pueden indicar el camino a otros. Estamos convencidos que en adelante tenemos que seguir unidos. *¡Nos toca construir juntos!*

Miembros de la familia de la Asunción, religiosos, laicos y religiosas estamos llamados a vivir: *El amor de Cristo, de la Virgen María y de la Iglesia, para que llegue su Reino.*

A los 44 años el P. d'Alzon es amenazado de hemiplejia y de congestión cerebral. Durante varios meses se ve obligado a guardar reposo en Lamalou-les Bains (Hérault) Escribe entonces, el 21 de junio de 1857 a las Adoratrices del Santísimo Sacramento la meditación sobre el crucifijo, conocida como “El amigo de todos los días”. A pesar del paso de los años, sigue siendo un texto importante. Ha supuesto un verdadero apoyo para muchos. Todavía hoy en día tiene mucho significado para nosotros.

El amigo de todos los días

¿Tenéis un crucifijo? ¿Cómo os comportáis con él?

Para empezar permitidme aconsejaros que os busquéis uno como el de las religiosas. Tiene sus ventajas. Los crucifijos demasiado pequeños no inspiran mucha devoción (por lo menos a mí); los crucifijos demasiado grandes son molestos de llevar.

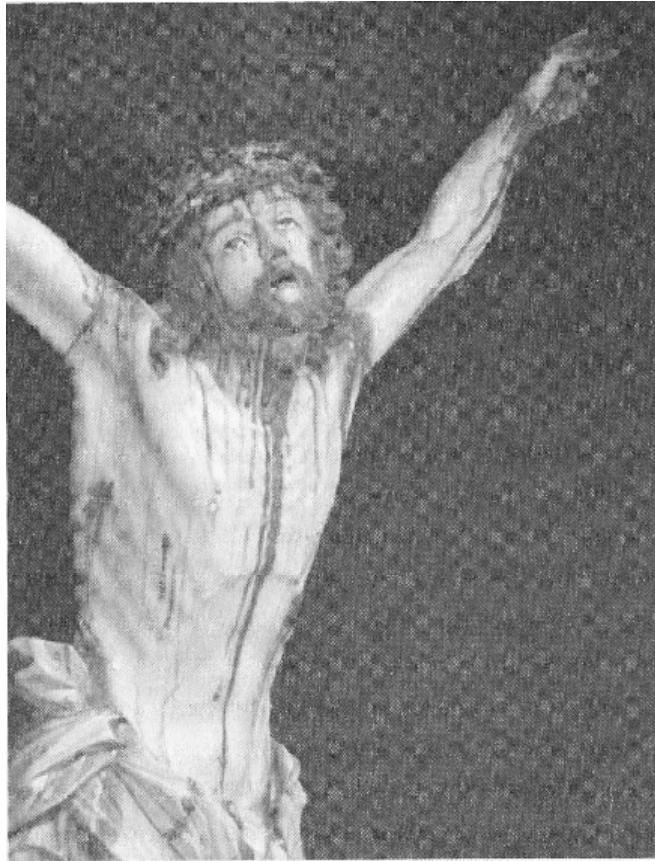
Quitároslo lo menos posible, ... ponedlo sobre la mesa cuando estéis escribiendo, ponedlo sobre vuestras rodillas cuando trabajáis, para mirarlo de vez en cuando y besarlo; ponedlo entre vuestras manos, cuando os vayáis a dormir.

Ciertamente no hay nada comparable a la comunión frecuente y a la adoración del Santísimo Sacramento, pero no podemos tener siempre a Nuestro Señor sustancialmente presente en el corazón; y aunque no podemos estar constantemente a sus pies, sí podemos tener siempre su imagen sobre nosotros o con nosotros, y esta imagen nos dice muchas cosas.

Si, por la mañana, al levantaros, besáis vuestro crucifijo con amor y prometéis cargar durante todo el día con vuestra propia cruz, siguiendo los pasos del divino Crucificado;

si durante vuestra oración (salvo que la hagáis en el Templo) tenéis la cruz entre vuestras manos y os proponéis inmolaros sobre el altar del sacrificio de Jesús;

si para despertar vuestro fervor, os lleváis de vez en cuando la mano sobre vuestro crucifijo,



Laicos en el Capítulo General de 2005



P. Emmanuel d'Alzon

Queremos ante todo compartir las alegrías y las esperanzas,
las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo,
en especial de los pobres y de todos los que tienen hambre
y sed de justicia.

La oración es la fuente siempre renovada de nuestra acción apostólica.
Reconocemos su necesidad.

Nos permite entrar en la intimidad con Aquel que anunciamos.
La oración cuestiona nuestra vida a la luz del Evangelio.

Juntos buscamos, en virtud de la vocación propia de la Asunción,
estar siempre disponibles y ser capaces de inventiva.
Verificamos con regularidad la calidad de nuestro servicio apostólico,
así como su carácter doctrinal, social y ecuménico.

En los albores del 150° aniversario de la fundación
de los Agustinos de la Asunción,
el Espíritu nos llama a dar un paso más en la colaboración.

JUNTOS,
laicos y religiosos,
buscamos cómo ir más lejos en este camino.

Esta Declaración es un primer paso.
Reclama ser ratificada en el día a día.
Pide también crecer en la fidelidad
al llamamiento recibido en el día de nuestro Bautismo.

Nos comprometemos a trabajarla juntos
para que llegue a ser Carta de Compromiso común
al servicio del Advenimiento del Reino.
"POR AMOR A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO".

(1) Declaración propuesta en el Capítulo General de 1999.

Declaración (1)

*Asuncionistas,
herederos de Manuel d'Alzon,
nuestro carisma nos llama
a una colaboración estrecha con los laicos
para que venga el Reino de Dios.*

*Laicos asociados a la Asunción,
herederos de Manuel d'Alzon,
queremos trabajar
para el advenimiento del Reino de Dios
en el espíritu de la Asunción.*

JUNTOS,

Ahondando en la espiritualidad de los Agustinos de la Asunción,
queremos hacer crecer nuestra vocación bautismal,
y trabajar en la edificación de la Iglesia por el anuncio de Jesucristo.

"Buscamos vivir unánimes,
teniendo un alma sola y un solo corazón hacia Dios".

Jesucristo está en el centro de nuestra vida.
Bajo la acción del Espíritu, y a ejemplo de María,
nos comprometemos a seguirle en la fe, la esperanza y la caridad.
Él es quien nos llama a caminar juntos.

Queremos el desarrollo de todo el hombre.
Buscamos estar presentes en cualquier lugar
donde Dios está amenazado en el hombre
y el hombre amenazado como imagen de Dios.

"¡VENGA TU REINO!"
Hacemos nuestra la divisa de Manuel d'Alzon.
Nos convoca a trabajar juntos
por el advenimiento del Reino de Cristo en nosotros y en el mundo.

Vosotros y nosotros, todos formamos la Asunción...

Tengo la firme convicción, de que traerá consecuencias bien precisas. Alguien dijo ayer (refiriéndose al Capítulo de 1999) que el carisma de la Asunción es un don de Dios a la Iglesia (y no sólo a un grupo de religiosos y todavía menos a un grupo de sacerdotes). No es propiedad privada de los religiosos asuncionistas. Lo que sí les pertenece es la responsabilidad de cuidar y comunicar este carisma, para garantizar que el pueblo de Dios tenga acceso a él y se beneficie de él.

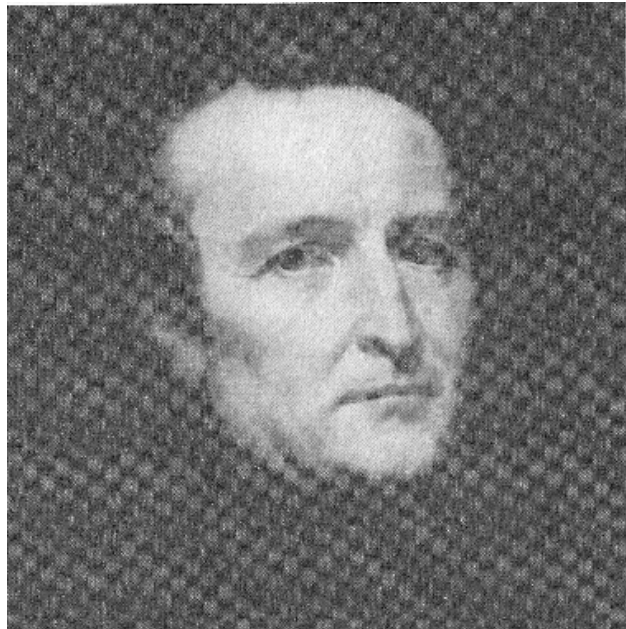
Yo creo que una consecuencia de esta convicción es, como dijo otro de los participantes ayer, que nuestro vocabulario (y más profundamente nuestra manera de pensar) tiene que cambiar.

Los Asuncionistas son a la vez los laicos y los que han hecho profesión de los tres votos y, más aún, toda la familia de la Asunción (todas nuestras hermanas religiosas igualmente).

La palabra "colaboración" no lo expresa bien; incluso "amigos de la Asunción" no satisface, porque ustedes SON la Asunción, con nosotros.

ALIANZA, ésa es la palabra que necesitamos: juntos, nos inspiramos en Manuel d'Alzon, nutridos en el conocimiento de este hombre y de su espíritu, sostenidos por la comunidad, interpelados por las necesidades del pueblo de Dios hoy día y dispuestos a responder a ellas. Ésa es la Asunción hoy.

T.R.P. Richard Lamoreaux
Superior General de los Asuncionistas
Carta a los laicos del Capítulo General
Roma, 6 de mayo de 2005



deben ser testimonio de una organización basada no sobre la búsqueda del poder o de beneficios, sino en la voluntad de servir y en la búsqueda del bien común. El deseo de ser solidarios con los más débiles nos obliga a estar informados sobre las nuevas formas de pobreza con el fin de comprender sus mecanismos y poder actuar sobre sus causas. Importa asimismo que nos mostremos cercanos a las víctimas de la pobreza y de la exclusión, a fin de comprometernos con ellas, en colaboración con otros organismos, en el advenimiento de un mundo fraterno que respete la dignidad de todos.

El mundo secularizado tiende a construirse sin Dios. Nosotros queremos tener el valor de establecer un diálogo benévolo y verdadero con nuestros contemporáneos, tomando con osadía la palabra para anunciar a Jesucristo, teniendo en cuenta la complejidad de nuestras sociedades. Queremos suscitar comunidades cristianas vivas, que sean un testimonio de la belleza y de la alegría del Evangelio. Queremos estar presentes en ámbitos en los que Jesucristo no es anunciado, o lo es escasamente, y apoyar las iniciativas que hagan oír una voz cristiana en el espacio público.

Congregados en torno a Jesucristo, en comunidades cada vez más internacionales y multiculturales, queremos animarnos mutuamente en el amor y vivir en comunión en el Espíritu. Deseosos de profundizar en nuestra fraternidad, queremos acoger y compartir nuestras vidas, nuestros apostolados, nuestra fe. Estamos decididos igualmente a contribuir a la paz entre los pueblos, al diálogo entre las religiones y a la reconciliación entre las Iglesias.

***Diversos dones en un solo cuerpo
...para que el mundo crea.***

Orientaciones fundamentales

del Capítulo General de los Agustinos de la Asunción

Roma, 1-22 mayo 2005

Intentado responder a la pregunta: "¿Por qué quiere Dios que la Asunción exista hoy?", el Capítulo ha extraído tres orientaciones fundamentales susceptibles de aportar a cada Asuncionista y a cada una de nuestras comunidades unos principios de acción: la comunión, el anuncio de la fe y la solidaridad con los más pobres.

Como Asuncionistas, queremos ser hombres de fe, apóstoles para nuestro tiempo. Fieles a la voluntad del Padre, queremos ser solidarios con los más pequeños para que se instaure un mundo más humano. Como discípulos de Jesucristo, queremos anunciar una palabra de esperanza y de salvación para que la vida triunfe sobre la muerte. A la escucha del Espíritu, nos reconocemos llamados a la comunión en el amor a fin de que el mundo crea que Jesús es el enviado del Padre.

Este camino de conversión y de misión, deseamos recorrerlo con las otras familias religiosas de la Asunción en una alianza cada vez más fuerte con los laicos.

Queremos trabajar por un mundo más solidario, dentro y fuera de la Congregación. Nuestra vida y nuestras estructuras de gobierno

**REGLA DE VIDA
de la Congregación
de los Agustinos de la Asunción**

“Ante todo, hermanos carísimos, amad a Dios y después también al prójimo, porque éstos son los mandamientos que principalmente se nos han dado” (S. Agustín)

“Tomamos por lema estas palabras del Padre nuestro: ADVENIAT REGNUM TUUM, y las del Oficio divino: PROPTER AMOREM DOMINI NOSTRI JESU CHRISTI.

El advenimiento del Reino de Cristo en nosotros y en el prójimo, he aquí lo que nos proponemos ante todo”. (P. d’Alzon, Constituciones de 1865, I, 1).

“El espíritu de la Asunción se resume en estas pocas palabras: el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa” (P. d’Alzon, Directorio, I, 1).

Perfil del asuncionista

Cuando ve a su pueblo en la necesidad, Dios llama a algunos hombres. Les da la gracia de sentir y de amar como Él. Les comunica capacidad emprendedora. Los llama y los envía. En la Iglesia del siglo XIX, Manuel d'Alzón es uno de estos hombres... Se siente impulsado a compartir con otros hermanos su pasión por la venida del Reino de Dios, su pasión por Jesucristo y por todo lo que Jesucristo ama... En la Navidad de 1845, en el Colegio de la Asunción de Nimes, funda la primera Comunidad Asuncionista... La quiere fiel a San Agustín en lo referente a la experiencia de Dios, a la vida fraterna, al amor a la Iglesia, y al servicio del hombre en la verdad, la unidad, la caridad... Pero ante todo les invita, en un solo e idéntico impulso, a *"buscar el Reino de Jesucristo en nosotros y alrededor nuestro"*. En 1855, escribió la primera Regla de Vida asuncionista. Ésta, la de 1983, conserva el recuerdo de aquella primera regla, así como los genes de su origen. Quien la quiera leer y vivir con el espíritu del Fundador encontrará en ella un camino de Evangelio... Esta Regla no cesa de emitir llamadas, a quien quiera oírlas... escuchémosla con corazón de discípulo.

*(Extracto de la presentación que hizo el Padre Hervé Stéphan,
-Superior General de 1975 a 1987-
De la Regla de Vida de los Agustinos de la Asunción,
En Roma, el 21 de noviembre de 1984.)*

El P. d'Alzón deseaba que sus religiosos fueran intrépidos, generosos, desinteresados. Y también se exigen otras cualidades en la Asunción: franqueza, amplitud de miras, gusto por el trabajo, espíritu emprendedor... Si a esto añadimos el estilo de vida según la tradición agustiniana, nos daremos cuenta que se va perfilando un hombre que se reconoce por sus rasgos de familia, viva donde viva: América, Europa o África. Con estas cualidades podemos intentar pintar el retrato de un asuncionista.

El Asuncionista es ante todo un hombre de fe. Fundamento de toda vida religiosa, la fe lo es más aún en la Asunción. Por muy preciosas que sean, las mejores cualidades deben ir a tono con el Reino para contribuir a su advenimiento. Quien las detenta debe desposeerse de ellas para que, purificadas de toda suficiencia, pertenezcan a Cristo y estén a su servicio. Entonces darán toda su medida. El P. d'Alzón lo repite incesantemente. Por eso la Asunción asocia disponibilidad, desprendimiento, seriedad, estudio, iniciativa. Acerca, imbrica actitudes que parecen incompatibles siendo complementarias.

Es una herencia del P. d'Alzón. Él une lo que fácilmente se suele oponer: estudio o meditación, oración o acción, santificación personal o compromiso apostólico, gratitud ante Dios o presencia al mundo, abandono-confianza en Dios y búsqueda de medios adecuados. Con el P. d'Alzón, la Asunción religa estos términos, aun a riesgo de verse a veces cuarteado por ello. Pues Dios y el hombre son inseparables. La fe nunca está cortada de nuestro mundo. Es el hoy de Dios en nuestro mundo.

(Cap. Gen 1993.
"La pasión por el Reino de Dios en el mundo de hoy")

propias. Y se ofrece voluntariamente para desbrozar tierras nuevas aún no sembradas de Evangelio.

En su misión de Iglesia, la Asunción quiere conjugar el servicio a la verdad, a la unidad y a la caridad. Lo cual significa que toda actividad debe tener una dimensión doctrinal, social y ecuménica. Estos tres calificativos no están yuxtapuestos: describen una triple exigencia para todo apostolado asuncionista.

(Capítulo General 1999 “Apasionados por Dios para un siglo nuevo”. N° 15, 16, 22, 23)

I. LA ASUNCION

- 1.- Los Asuncionistas somos religiosos que vivimos en comunidad apostólica. Fieles a nuestro fundador, el P. d'Alzon, nos proponemos, ante todo, trabajar, por amor de Cristo, en favor del advenimiento del Reino de Dios en nosotros y alrededor nuestro.
- 2.- Jesucristo es el centro de nuestra vida. Nos comprometemos a seguirle en la fe, la esperanza y la Caridad. Como Él, testigo del amor del Padre y solidario con los hombres, el religioso asuncionista quiere ser hombre de fe y hombre de su tiempo.
- 3.- Cristo es quien nos reúne. Vivimos en comunidad siguiendo el espíritu de S. Agustín: *“Lo primero porque os habéis congregado en Comunidad es para que habitéis en la casa unánimes y tengáis un alma sola y un solo corazón hacia Dios”* (Regla 3). Buscamos una vida fraterna hecha de franqueza, cordialidad, sencillez. Nuestra oración común es la de la Iglesia. En ella, la comunidad celebra su fe y se abre al Espíritu con vistas a la misión.
- 4.- La comunidad asuncionista existe para el advenimiento del Reino. El espíritu del fundador nos impulsa a hacer nuestras las grandes causas de Dios y del hombre, a hacernos presentes allí donde Dios está amenazado en el hombre y el hombre amenazado como imagen de Dios. Tenemos que dar pruebas de audacia, iniciativa y desprendimiento, guardando fidelidad a la enseñanza y a las orientaciones de la Iglesia. Es nuestro modo de participar en su vida y en su misión.
- 5.- Fieles a la voluntad del P. d'Alzon, nuestras comunidades están al servicio de la verdad, de la unidad y de la caridad. Así anuncian el Reino.

II. NUESTRA VIDA COMÚN

*"Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí yo en ti.
Que ellos también sean, uno en nosotros,
para que el mundo crea que tú me has enviado".
(Juan 17,21)*

- 6.- Llamados por Cristo, fuente de nuestra unidad, optamos por vivir en común conforme a la Regla y al espíritu de S. Agustín, con vistas al Reino. El advenimiento del Reino de Jesucristo para nosotros y para el prójimo se realiza ya en nuestra vida comunitaria. Por muy dispersos que estemos en razón del apostolado, participamos en la vida y en la misión de la comunidad.
- 7.- La vida fraterna se nos da a construir día tras día. Acogida como un don de Dios, exige a cada religioso una conversión diaria que afianza su propia fidelidad y la de sus hermanos. Nuestro amor a Dios y a los hombres se prueba y se manifiesta en la verdad de nuestras relaciones. A nadie le será dado saborear la alegría de esta vida sin que comprometa en ella toda su persona.
- 8.- Nos aceptamos diferentes, pues Aquel que nos une es más fuerte que lo que nos separa. Debemos superar sin cesar nuestras divisiones y limitaciones para reencontrarnos en la acogida y el perdón. Si antepone la escucha benévola y el respeto a las personas a cualquier divergencia de opinión y diferencia de origen, de edad, de mentalidad o de salud, nuestra diversidad se transforma en riqueza.

El carisma de la Asunción

La causa de Dios y del hombre

El nuevo aliento que buscamos supone "*una conversión al Reino*". Se trata de que nos hagamos obreros del Reino, es decir, apasionados como Cristo por Dios y por el hombre. Antes de estar y trabajar en una escuela, en una parroquia, en un periódico... somos enviados al lugar en que el hombre y Dios, los dos juntos, están amenazados, se buscan, se encuentran, para un Alianza siempre renovada. Y el Dios que confesamos es el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que acogemos en la fe, la esperanza y el amor.

En Jesucristo, la causa de Dios se ha identificado con la causa del hombre. Somos incondicionales de Jesucristo. Cristo y su amor están en la génesis de nuestra vocación y de nuestra misión. La adhesión a Cristo forja nuestra común pasión por Dios y por el hombre. Por otra parte, Cristo y su amor son también el término de nuestra vocación y de nuestra misión: en él se unen Dios y el hombre, Dios y la humanidad. Como agrupación de hermanos al servicio de la reconciliación de todas las cosas en Cristo, la comunidad asuncionista anuncia el Reino y ofrece, por gracia, cierto rostro del mismo.

Por amor a la Iglesia

El amor a la Iglesia, por amor a Cristo, es constitutivo de la Asunción... El reflejo asuncionista, cuando se trata de la Iglesia, es a la vez de fidelidad visceral, de generosidad desinteresada y de audacia misionera. El asuncionista se sitúa en medio de la nave, preocupado por los grandes equilibrios de la fe y reticente a todo espíritu de capilla. Nunca se sitúa la Asunción en la Iglesia exclusivamente por sus obras

El carisma de la Asunción

¿Qué entendemos por Carisma? Estas cuatro palabras nos lo pueden aclarar. Un Carisma es:

***Un don.**

Un don del Espíritu, hecho a una persona, para el bien de la Iglesia...El carisma de la vida religiosa es un don de Dios a la Iglesia (y no a un Instituto) que se encarna en un fundador y pasa a su familia religiosa.

***Un hombre.**

El carisma de una Congregación pasa por la intuición espiritual y apostólica de un hombre o una mujer, y de sus primeros compañeros, en una coyuntura precisa.

***Un camino.**

El fundador abre un camino de Evangelio. Este camino es original y constituye una interpelación tanto para la Iglesia como para la sociedad...La historia de una Congregación es el despliegue de su carisma a lo largo del tiempo.

*** Una llamada.**

Hoy el carisma compromete a una “*fidelidad creadora*”. Se trata de retomar el impulso original en condiciones históricas que han cambiado. La herencia sólo se mantiene viva si permite nuevos descubrimientos del Misterio de Dios y del deseo del hombre.

(Capítulo General 1999. “Apasionados por Dios para un siglo nuevo.” N° 6-12)

- 9.- La vida fraterna exige encuentros periódicos. El Capítulo local es una etapa de máxima importancia en la vida de cada comunidad. La comunidad rehace sus fuerzas y su unidad en la oración, sobre todo en la celebración de la Eucaristía. Mediante un intercambio cordial y franco, propiciado por las reuniones comunitarias, la comunidad busca una vida religiosa más fiel y un apostolado más abierto a las llamadas de la Iglesia y del mundo. Las alegrías y las adversidades, el esparcimiento y las comidas nos deparan la ocasión de estrechar nuestros lazos en la sencillez, conforme al espíritu de familia tradicional en la Asunción. Nos ocupamos con cariño especial de nuestros hermanos enfermos y mayores.
- 10.- Es importante que la comunidad se muestre acogedora, respetando, sin embargo, los lugares reservados a sus miembros para salvaguardar la intimidad que necesitan. Quiere ser solidaria con las demás comunidades y mantiene siempre vivo su sentido de Iglesia, fundamento de toda comunión fraterna.
- 11.- Nuestras responsabilidades y funciones son diversas. El desempeño de las mismas exige espíritu de servicio y de caridad. El superior vela por la animación de la comunidad, atiende con especial solicitud a las personas y garantiza la libertad de cada uno y la unidad entre todos.
- 12.- Vivida así, nuestra vida común da plenitud a la vocación de cada religioso. En un mundo dividido, testimonia que Cristo está vivo entre nosotros y que realiza nuestra unidad en orden al anuncio del Evangelio.

III. NUESTRA VIDA DE SERVICIO APOSTÓLICO

"Id y haced discípulos de todas las naciones" (Mateo 28, 19)

- 13.- El apostolado de nuestra Congregación inserta a nuestras comunidades en la misión de la Iglesia: congrega a todos los hombres en el Pueblo de Dios. Nuestra divisa: *"Venga tu Reino"* nos impulsa a trabajar por el advenimiento del Reino de Cristo en nosotros y en el mundo. Como el Padre lo envió, así Cristo nos envía con la promesa de su Espíritu, a servir a nuestros hermanos mediante la proclamación del Evangelio.
- 14.- Nuestras comunidades quieren compartir las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de su tiempo, en especial de los pobres y de todos *"los que tienen hambre y sed de justicia"* (Mateo 5, 6). Solidarios con sus aspiraciones y sus esfuerzos, participamos en la venida de un mundo más justo y más fraterno.
- 15.- Dentro de los límites de nuestras posibilidades, elegimos los compromisos que se ajustan efectivamente a las necesidades actuales y al espíritu de la Asunción.
- 16.- Trabajamos en la edificación de la Iglesia por el anuncio de Jesucristo. Damos prioridad a la educación en la fe, a la formación de laicos comprometidos, al despertar y seguimiento de las vocaciones cristianas, en especial las vocaciones religiosas y sacerdotales. El anuncio de Jesucristo es inseparable de la promoción de todo el hombre en la justicia, el amor y la unidad. Todas nuestras actividades estarán animadas por un espíritu doctrinal, social, ecuménico.
- 17.- Queremos permanecer fieles a las grandes orientaciones de la Iglesia, en comunión con el Papa, el Colegio episcopal y la Iglesia local. Colaboramos franca y desinteresadamente con todos los que están comprometidos en la evangelización.

54.- Cada religioso tiene la responsabilidad de organizar, según su sensibilidad espiritual, su programa de oración personal.

Determinará momentos regulares para su renovación espiritual, en especial el retiro anual.

Preverá para cada día:

- la participación en la Eucaristía,
- la celebración del Oficio Divino,
- al menos media hora de meditación,
- un tiempo de adoración al Santísimo,

Tendremos siempre presente que *"para nosotros contemplación y acción se unen en un mismo fin: servir a la extensión del Reino de Jesucristo"*: (Directorio, E. S. pag. 79).

- 48.- Después de Cristo, nuestro único mediador, la Virgen María ocupa en nuestra oración un lugar privilegiado, por ser Madre del Señor y su humilde esclava en el plan de Redención. Con ella contemplamos los misterios del Verbo hecho carne, en especial con el rezo del Rosario.
- 49.- Nuestras grandes intenciones son las de la Iglesia. Nos preocupamos también de nuestros hermanos vivos, pues los lazos comunitarios nos unen más estrechamente a ellos, y de nuestros hermanos difuntos por los que ofrecemos fielmente las oraciones prescritas en su favor.
- 50.- La oración cuestiona nuestra vida a la luz del Evangelio. Debemos interrogarnos sobre cómo nuestra vida se encarna en la oración y cómo la oración incide en nuestra vida y en la de la comunidad.
- 51.- La oración es difícil para todos. Nos lleva a una lucha para que la experiencia de Dios ilumine en todo momento nuestra mirada sobre el mundo. Nos exige una disciplina de vida, personal y comunitaria, que nos mantenga atentos a las llamadas del Espíritu.
- 52.- Cada religioso debe poder contar con sus hermanos para encontrar con ellos condiciones favorables para la oración: recogimiento, apoyo mutuo, lugar adecuado y espíritu de libertad y de creatividad.
- 53.- En capítulo local, los religiosos determinarán el ritmo y las formas de oración comunitaria, en especial lo que concierne a la liturgia cotidiana de las Horas (preferentemente Laudes y Vísperas), a la Eucaristía comunitaria, y a los tiempos de retiro y de silencio que mejor convengan. Todos comparten su responsabilidad.

- 18.- Desde los comienzos, nuestro apostolado ha adoptado formas muy variadas, especialmente: la enseñanza “*en el sentido más amplio de la palabra*”, los estudios, los medios de comunicación social, las peregrinaciones, el ecumenismo, el ministerio parroquial, los movimientos apostólicos de laicos, las obras sociales, el servicio a las Iglesias jóvenes... En virtud de la vocación propia de la Asunción debemos estar siempre disponibles y ser capaces de inventiva.
- 19.- Por la calidad de su vida y de su acción, la comunidad da testimonio de la Buena Nueva. Sanos o enfermos, jóvenes o ancianos, cada uno según su vocación y su situación, todos compartimos con nuestros hermanos esta misión apostólica.
- 20.- Nuestra vocación misionera pide que nos hagamos “*todo para todos*”: Esta disponibilidad implica particularmente:
 + apertura de espíritu y de corazón a los valores culturales, sociales y religiosos de los diferentes ambientes humanos;
 + voluntad tanto de recibir como de dar, con estima y respeto mutuos;
 + preocupación de formación, competencia y adaptación;
 + esfuerzo de iniciativa y de inventiva;
 + celo apostólico, amor al trabajo, franqueza y audacia.
- 21.- Verificaremos con regularidad la calidad de nuestro servicio apostólico y estudiaremos las opciones y adaptaciones necesarias. Nuestras preferencias y nuestras aptitudes personales serán tenidas en cuenta, pero confrontadas en todo momento con las orientaciones y prioridades de las comunidades y con las llamadas del Instituto.
- 22.- Nuestra oración personal y comunitaria acoge y celebra la acción de Dios en la vida de los hombres. Imploramos su perdón por los rechazos a las llamadas del Espíritu. En ella reavivamos nuestra esperanza, para ser testigos de Cristo “*hasta que vuelva*”.

IV. NUESTRA PROFESIÓN RELIGIOSA

"Para mí vivir es Cristo" (Filip. 1,21)

- 23.- En un mundo, en el que compartimos la búsqueda y el esfuerzo de los hombres por llegar a ser plenamente hombres, reconocemos en Jesucristo al hombre perfecto, y encontramos en Dios la razón más poderosa de nuestro vivir y de nuestro actuar. De todos, quiere Dios hacer su pueblo, sus amigos, sus hijos. Nos ha salido personalmente al encuentro para realizar con y por nosotros su designio. De presencia entre los hombres y de comunión con ellos.
- 24.- Estamos llamados a seguir a Cristo de una forma radical por los caminos del Evangelio. Bajo la acción del Espíritu y a ejemplo de Maria, optamos por arriesgar nuestra vida en la aventura del encuentro con Dios. Nuestra consagración religiosa, desarrollo de las riquezas de nuestro bautismo, nos empuja a crecer sin cesar en la fe, la esperanza y el amor.
- 25.- Por el compromiso de nuestra vida religiosa, queremos responder a esta vocación y a sus exigencias evangélicas, según el don del Señor. Por los votos de pobreza, castidad y obediencia, que atestiguan nuestra fe en Jesucristo, pretendemos recordar el sentido último de las realidades humanas y nos hacemos servidores del Reino.

V. NUESTRA VIDA DE ORACIÓN

"Señor, enséñanos a orar". (Lucas 11, 1)

- 44.- Como el P. d'Alzon, hombre de fe, reconocemos la necesidad de la oración. Esta nos abre a la acción de Dios. Es la fuente siempre renovada de nuestra acción apostólica.
- 45.- Por la fidelidad al Evangelio en nuestras opciones, en el trabajo diario, en la apertura a los demás y en la disponibilidad ante los acontecimientos, toda nuestra vida, bajo la acción del Espíritu, se transforma en encuentro con Dios.
- 46.- Nuestra oración se manifiesta en alabanza al Padre por la revelación de su amor y en acción de gracias por lo que hace en nosotros y en los hombres. Nos lleva también a pedir, para el mundo y para nosotros, su perdón y la fuerza de cumplir su voluntad. A su vez, la oración nos procura intimidad filial con Dios, vigor en la fe y generosidad en la acción.
- 47.- Nuestra vida de oración se alimenta de la Palabra de Dios, especialmente por la meditación de las Sagradas Escrituras, la celebración del Oficio Divino y la acción litúrgica. La Eucaristía es su centro. La comunión del Cuerpo de Cristo nos apremia a vivir en el amor fraterno y a servir a la unidad entre los hombres. Por la recepción frecuente del sacramento de la penitencia nos abrimos al perdón de Dios y participamos así con mayor plenitud en el misterio pascual.

- 41.- Por el voto de obediencia, ofrecemos a Dios nuestra voluntad de una forma radical y nos comprometemos a obedecer a nuestros superiores legítimos en todo lo que atañe a la Regla de Vida. Esta obediencia, que nos une estrechamente a la Iglesia, se la debemos también al Santo Padre. En la escucha al Espíritu, a la Iglesia y al mundo tratamos de discernir juntos la llamada de Dios en nuestra comunidad, en la vida de los hombres y en los acontecimientos.
- 42.- Todos caminamos buscando la voluntad del Padre en un clima de libertad y franqueza, de confianza y colaboración, de iniciativa y corresponsabilidad. El superior es el hermano que ayuda a la comunidad local, provincial o general a construirse así día tras día. Recuerda a sus hermanos las convicciones y decisiones de la comunidad, de la Provincia o del Instituto. A veces estimula a una fidelidad más exigente al Evangelio. Tras una búsqueda común o un diálogo personal, presta a todos el servicio de la decisión según las Constituciones, con la autoridad que le corresponde por su función.
- 43.- Vivida en la fe y la oración, la obediencia nos abre a Dios y a los hombres. Va convirtiendo poco a poco nuestro afán de dominio en voluntad de servicio y de promoción del otro. Manifiesta nuestra fe y nuestra disponibilidad a la voluntad del Padre. Así es signo de Reino.

POBREZA

- 26.- En un mundo en el que el apego a los bienes materiales y su injusta distribución son fuente de división y de odio, testificamos que Dios es nuestra verdadera riqueza y nos quiere solidarios con los pobres. Asumiendo la porción de trabajo que nos corresponde en medio de los hombres, queremos participar en la promoción de las personas y de los pueblos con vistas al Reino.
- 27.- Conscientes de nuestra responsabilidad de cristianos, nos comprometemos a vivir la pobreza según el Evangelio. Cristo nos invita a confiar en el Padre que da la tierra a todos. Quiere que los hombres la compartan entre sí, pues todos son hermanos. Este hecho constituye para nosotros una llamada a compartir lo que somos y tenemos para el servicio de los demás. Esto nos exige un desprendimiento verdadero de cualquier forma de posesión para alcanzar una mayor libertad interior y, ponemos del lado de los pobres y oprimidos.
- 28.- Por el voto de pobreza, nos comprometemos a renunciar al derecho a usar y disponer de bienes que se puedan tasar en dinero sin permiso del superior legítimo. También optamos por poner en común nuestros talentos y recursos, por obligarnos al trabajo y llevar una vida modesta y sencilla. Animados por este mismo espíritu de desprendimiento podemos renunciar definitivamente a nuestros bienes patrimoniales. La comunidad da a cada uno lo que necesita.
- 29.- Cada uno, por su parte, es responsable de la situación económica de la comunidad. La información mutua, la participación activa en las decisiones y el compartir las tareas nos obligan a todos.

30.- El espíritu de pobreza exige de las comunidades y del Instituto evitar todo lo que no se ajuste a las necesidades de una vida sobria y de nuestro apostolado. Nos dejaremos interpelar por aquellos de nosotros que viven con los más pobres.

31.- El compartir nuestros bienes debe extenderse a las demás comunidades, a los necesitados, a los que se organizan con vistas a un mundo más justo, pues la pobreza, en su dimensión social e internacional, nos invita a estar atentos y presentes en los problemas colectivos de la vida de los hombres.

32.- Así cada comunidad da testimonio del valor relativo de los bienes terrestres y tiende a establecer entre los hombres el Reino de justicia y de paz..

CASTIDAD

33.- Creado para amar y ser amado, el hombre realiza su vocación de amor bajo múltiples formas. Siguiendo a Cristo, totalmente al servicio del Padre, elegimos el celibato con vistas al Reino. Orientamos hacia Dios todo el amor que podemos dar y recibir.

34.- Nuestra vida queda, de este modo, dedicada al servicio del Evangelio y de nuestros hermanos. Lejos de replegarnos estérilmente sobre nosotros mismos, nuestro celibato debe abrirnos a los demás. Vivido en la acogida del otro y el don de sí mismo, el celibato manifiesta el sentido profundo del amor humano y su vocación última.

35.- Este don de nosotros a Dios y a los demás nos hace libres y nos dispone para la vida fraterna y el apostolado. Cuanto más amemos como Cristo, mejor podremos vivir, bajo su mirada, nuestras relaciones humanas y más sensibles seremos a las alegrías, los sufrimientos y las inquietudes de los hombres.

36.- Conscientes de la renuncia radical y de la parte de soledad que conlleva, pero confiando en el Señor que da fuerza a nuestra debilidad, nos comprometemos por voto a vivir el celibato por el Reino en la castidad perfecta que nos exige nuestra entrega total a Cristo.

37.- La fidelidad a este compromiso exige una educación humana y espiritual. Requiere intimidad con Cristo, así como prudencia, dominio de sí, vida equilibrada y sensatez en el uso de los medios de comunicación social. Atentos a la vocación de cada uno de los hermanos, procuraremos mantener en nuestras comunidades una vida verdaderamente fraterna, hecha de amistad, de escucha, de delicadeza, de apoyo y de perdón.

38.- Nuestro celibato, vivido con serenidad y alegría, es signo del Reino y anuncia el día *“en que Dios será todo en todos”*.

OBEDIENCIA

39.- La solidaridad y mutua dependencia son el camino de liberación y realización para todo hombre. El Evangelio nos invita a asumir dichas vinculaciones en la sumisión al Padre y el amor fraterno. A la voluntad de poder y al repliegue egoísta sobre sí mismo, contraponemos la atención a los pequeños y el servicio a los demás. De este modo, frente a las esclavitudes e indiferencias culpables, procuramos dar testimonio de la verdadera libertad en el Espíritu. *“Llamados a la libertad” deseamos “servirnos unos a otros por amor”*. (Gálatas 5, 13).

40.- Nuestra obediencia tiene su raíz en la de Cristo. Su fidelidad al Padre y el amor a los hombres le condujeron al don total de sí mismo. Vino a servir y se hizo obediente hasta la muerte.